

EL SEMILLERO DE LA OBRA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

EL SEMILLERO DE LA OBRA

*Es preciso que la Obra de Dios se extienda por todas las partes, afirmando el reinado de Jesucristo para siempre*¹. Encuadrados en el ejército de la Iglesia, nuestro apostolado, nuestra labor de almas en todas las partes del mundo, es Obra de Dios, cumplimiento de la voluntad divina. Somos instrumentos de la acción del Señor, instrumentos libres, que han recibido el conocimiento preciso de su misión —una siembra sobrenatural en la tierra del Señor—, instrumentos que han de realizar amorosa y fielmente su labor.

Parte importante —*semillero del Opus Dei*²— de esa tarea universal es la obra de San Rafael, que tiene como fin inmediato realizar una selección de personas jóvenes, de todas las razas, países y clases sociales, para proporcionarles una profunda y vivida formación cristiana, para hacerlos cristianos consecuentes con su vocación, almas de vida interior y de afán apostólico en su propio ambiente, en el ejercicio de su profesión, en el cumplimiento de todos sus deberes religiosos, familiares y civiles.

Esta formación ascética, doctrinal y apostólica que la obra de San Rafael les proporciona —armas para su pelea cristiana, luz y fuerza para su camino sobrenatural— no presupone en ellos necesariamente una particular vocación; responde a su vocación general de cristianos, a la

(1) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

llamada universal a la santidad; y da a esos chicos los medios para responder a esa vocación en las condiciones de su vida ordinaria.

Entre estas almas, forjadas ya en el ideal y en la práctica de la vida cristiana, brotarán luego —es Dios quien da la vocación— decisiones de entrega. E incluso, ordinariamente, la mayor parte de nuestras vocaciones provendrán de esa labor previa de formación, de la obra de San Rafael que tiene, *como fin mediato, formar vocaciones para la Obra de Dios, inclinando a los mejores a dedicarse al Señor en un celibato apostólico (obra de San Miguel), o formándolos para padres de familia y colaboradores de nuestros apostolados (obra de San Gabriel)* ³.

Tiempo para la siembra

Es la juventud la edad de la formación: tiempo en que, con el crecimiento, se afirman la dirección y el sentido de la vida entera; tiempo de ideales y de amor, cuando el alma se abre —vigorosamente receptiva— a la luz de la doctrina, al atractivo del amor, a la realización magnánima de empresas generosas. Pasada la juventud, *ordinariamente los hombres que valen algo se han señalado un camino: y, o cumplieron su programa —y entonces se creen triunfadores, siendo inútil hablarles de ideales que no estén metidos en su plan egoísta— o, si no lo cumplieron, tienen el convencimiento de que son unos fracasados, unos vencidos; y se acomodan, se resignan a pertenecer al montón de su clase social o profesional, viniendo a ser un verdadero milagro el hacerlos reaccionar para poner en su espíritu la ilusión de formarse como caudillos.*

No digo —concluye nuestro Padre— que no podamos encontrar vocaciones entre gente hecha, pero sí, que es cosa difícil ⁴. De ahí llegarán también vocaciones —de Agregados, de Supernumerarios, y

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

también de Numerarios—, y llegarán incluso abundantes en números absolutos. Pero relativamente la mayor parte provendrá de la labor realizada con la juventud: tiempo el más oportuno para una siembra eficaz, tiempo de darles todos los medios para vencer, cuando empiezan a luchar. *Hemos de enseñar a la gente a amar a Dios Nuestro Señor, a amar la castidad, la pureza, con toda la lucha que supone, que no es tanta; hay que darles todos los medios para vencer en la lucha ascética, y enseñarles a caminar adelante por amor* ⁵.

La juventud tiene límites amplios, no se rige por normas fijas de edad; depende de países, de circunstancias personales de educación, de ambiente, de vida. Por juventud entendemos el tiempo en que el alma se afirma, el tiempo en que el entendimiento se abre a la doctrina, y el corazón marca su rumbo, el tiempo en que el hombre comienza a enfrentarse con su futuro, y su libertad pide una norma y su amor un objeto: la edad en que arraigan suave y fuertemente los más grandes ideales, las decisiones más nobles.

Comienza muy pronto —de modo especial en algunos países, y en determinadas condiciones de vida— esta edad de aptitud para la formación. Muy jóvenes —en los primeros cursos de bachillerato, una gran parte— son ya los muchachos esa tierra buena donde puede sembrarse con eficacia la semilla de un ideal de santidad y de competencia profesional; de modo especial en aquellos ambientes donde el comienzo de la vida universitaria o de la vida de trabajo, encierra ya graves peligros de desorientación ideológica y moral. Por tanto, ya en esa temprana edad, necesitan la ayuda de la formación que la obra de San Rafael está llamada a darles —formación espiritual, doctrinal y apostólica—, mediante el trato personal y mediante las distintas actividades de esa labor. *Toda la labor con gente de San Rafael, aunque sean muy jóvenes, es estu-
penda: viven en medio del mundo, conocen las cosas y aprenden a
luchar y, si se entregan después, saben lo que hacen. Yo he insisti-
do mucho* —decía nuestro Padre— *para que se haga labor de San
Rafael con chicos jóvenes, no sólo estudiantes, sino de todas las
clases sociales* ⁶.

(5) De nuestro Padre.

(6) De nuestro Padre.

Por otra parte, aun antes de que los chicos estén en condiciones —por su edad o por otras circunstancias— de recibir la formación específica de la obra de San Rafael, existe una etapa previa, de preparación del surco donde más tarde caerá la semilla que sembramos. Y es que *la siembra no es el primer trabajo: hay otros que la preceden. La siembra no es el primer trabajo, ni el último*⁷.

Entre esos trabajos previos —a cualquier edad y en cualesquiera circunstancias— está el de elegir la tierra donde se va a sembrar: se necesita una selección rigurosa para que entren de lleno en la obra de San Rafael y puedan participar con eficacia en los distintos medios de formación. Selección que llevamos a cabo con el trato personal —*apostolado de amistad y confianza*— y también —después del comienzo de la amistad— mediante aquellos medios de formación que son también medios de selección —visitas a los pobres de la Virgen, catequesis...—, en los que participen sin ser necesariamente chicos de San Rafael.

Hemos de formar a esos muchachos como levadura de Jesucristo en el seno de la sociedad, capaces de ejercer un influjo ancho y hondo en su ambiente social, profesional, familiar. Por eso han de tener unas determinadas condiciones, que quizá puedan resumirse diciendo que todos han de dar esperanzas de una posible vocación para la Obra, aunque no todos hayan de tenerla efectivamente. El criterio de selección es, pues, análogo al que exige la idoneidad para ser de Casa. *No caben: los egoístas, ni los cobardes, ni los indiscretos, ni los pesimistas, ni los tibios, ni los tontos, ni los vagos, ni los tímidos, ni los frívolos. —Caben: los enfermos, predilectos de Dios, y todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas*⁸.

Entre nuestros amigos, que han de ser muchísimos —nos interesan todas las almas—, hemos de llevar a participar de la obra de San Rafael a los mejores, que también deben ser muchos, porque muchos han de ser los cristianos con vida interior, y muchas las vocaciones que de ellos procedan: *quien escasamente siembre, cosechará escasamente; y quien siembra a manos llenas, a manos llenas recogerá*⁹.

(7) De nuestro Padre.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(9) II Cor. IX, 6.

Cada muchacho de San Rafael debe ser la *tierra buena* ¹⁰ donde pueda germinar y crecer la semilla divina de la santidad y del celo apostólico. Es Dios mismo quien da la eficacia intrínseca a la semilla de la formación que reciben, pero es preciso que la tierra sea de buena calidad. Si la tierra es dura, si es superficial, si no está trabajada, si está llena de maleza, el grano no puede arraigar o se agosta: la cosecha se malogra. *¿De qué provino —pregunta San Juan Crisóstomo— que se perdiera la mayor parte de la siembra? No fue por culpa del sembrador, sino de la tierra que recibió la semilla; es decir, por culpa del alma que no quiso acoger la palabra* ¹¹. De ahí la necesidad de preparar bien la tierra —mucho y buena, generosamente— para que sea mayor la eficacia de la siembra. Los chicos han de ser luego —tanto si reciben nuestra vocación como si no la reciben— trigo de siembra, trigo escogido, para una cosecha mucho más amplia para los graneros de la Iglesia Santa, para el Reino de los cielos.

Con los cuidados necesarios

La participación en los distintos medios de formación de la obra de San Rafael, vincula de alguna manera a estos muchachos entre sí y con la Obra de Dios: son lazos santos que nos obligan a todos, que nos exigen, que nos aúnan en preocupaciones de santidad y de apostolado y —para eso— de la necesaria formación. Lazos que son fundamento de eficacia, y el primer paso de una posible vocación, a la que libremente deberá responder después quien la reciba. Estos muchachos vienen a nuestros Centros, para formarse, teniendo ya una inclinación a la piedad y al apostolado, con una base de virtudes, de rectitud de vida —condiciones de selección— afirmada mediante el trato personal. Antes de entrar de lleno en la labor de San Rafael, se les explica bien en qué consis-

(10) *Matth.* XIII, 8.

(11) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 44, 3.

te, de modo que su decisión —más que libre, gustosa, deseada— les vincula a nosotros y crea una corriente mutua de derechos y deberes, de responsabilidad y de cariño. Todo este fundamento hace a esos chicos aptos para recibir, en el ambiente de nuestros Centros, la vocación. *A la gente que viene a nuestras casas de San Rafael —de edad bastante para saber bien lo que hacen— se le da una formación espiritual y humana, que les pone en condiciones de recibir la gracia de la vocación; y son, en general, plenamente conscientes de lo que supone esa formación*¹². Por eso podemos y debemos considerarlos como unidos a nosotros de algún modo, y ellos mismos se dan cuenta enseguida y sienten las cosas de la Obra como propias.

Aunque los chicos de San Rafael, en cuanto tales, no forman nunca asociación de ningún género, esa tarea de formación es orgánica, dirigida; está perfectamente estructurada con programas determinados; es una labor que tiene sus fases, sus cursos —Curso Preparatorio, Cursos Profesionales, retiro mensual—, primero más elementales y dirigidos al corazón, después más profundos y doctrinales, siempre apropiados a su capacidad, y siempre acomodados a su condición de cristianos que han de santificarse y santificar a los demás en el mundo, en el curso ordinario de su vida de trabajo y de relación.

La semilla que tenemos para estos chicos es divina: *la semilla es la palabra de Dios*¹³, simiente de primera calidad que nosotros procuramos custodiar con fidelidad a las indicaciones recibidas. Es una semilla que dará siempre su fruto, si la siembra ha sido precedida, acompañada y seguida de todos los cuidados necesarios, que exigen tiempo y desvelo. *No porque diga el Señor: "Salió el sembrador a sembrar"*¹⁴, *ha de verse en esas palabras una redundancia, pues el sembrador sale muchas otras veces a otras faenas: por ejemplo, a labrar el barbecho, a escardar las malas yerbas, o a arrancar las espinas, o a otras faenas semejantes. Pero El salió a sembrar*¹⁵. El Señor salió a poner la semilla, eficaz de suyo; y a nosotros nos ha confiado muchas otras labores necesarias para que esa semilla dé fruto.

(12) De nuestro Padre.

(13) *Luc.* VIII, 11.

(14) *Matth.* XIII, 3.

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 44, 3.

Nuestra tarea es la del agricultor: y el labrador, para recibir los frutos, es menester que trabaje primero ¹⁶, que cultive bien la tierra. El campo será arado y recibirá, con la semilla generosa, los cuidados que pone el campesino. Y después, con la bendición de Dios, vendrá la cosecha ¹⁷. Dios bendice siempre, y bendice tanto más cuanto más abnegado es el esfuerzo, cuanto más fiel es el trabajo y más sobrenatural la intención. *Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum* (Ps. LXXXIV, 13). Esa bendición del Señor es el origen de todo buen fruto, de aquel clima necesario para que en nuestra vida podamos hacernos santos y cultivar santos, hijos suyos.

Dominus dabit benignitatem... Fruto espera el Señor nuestro. Si no lo damos, se lo quitamos. Pero no un fruto raquítico, desmeдрado, porque no hayamos sabido darnos. El Señor da el agua, la lluvia, el sol, esa tierra... Pero espera la siembra, el trasplante, la podadura; espera que reservemos los frutos con amor, evitando si es preciso que vengan los pájaros del cielo a comérselos ¹⁸.

Verdadero cultivo de almas selectas es la obra de San Rafael. Cultivo de gran precio, que nos lleva a seguir paso a paso el crecimiento interior de cada muchacho, ayudándole a vencer los obstáculos, confortando, animando, abriendo horizontes, poniendo todos los medios —los justos, los debidos, los dispuestos— a costa de todos los sacrificios.

Presupuesta siempre la gracia, ese crecimiento del alma requiere buena voluntad y tiempo. La selección aseguró la buena voluntad, y el desvelo continuo garantiza su conservación y aun su aumento. Pero tiene que pasar el tiempo —no se pueden precipitar las cosechas— para que ese germen de vida divina madure y fructifique. Ellos son la buena tierra, *aquéllos que con un corazón bueno, óptimo, oyen la palabra de Dios y la conservan, y mediante la paciencia dan fruto sazonado* ¹⁹. Además de todo el necesario trabajo, el Señor cuenta también con el tiempo para hacer su obra en las almas: *el Reino de Dios viene a ser a*

(16) II Tim. II, 6.

(17) De nuestro Padre.

(18) De nuestro Padre, Meditación, 3-XII-1961.

(19) Luc. VIII, 15.

manera de un hombre que siembra su heredad, y ya duerma, o vele noche y día, el grano va brotando y creciendo, sin que el hombre lo advierta. Porque la tierra produce primero el trigo en yerba, luego la espiga y, por último, el grano lleno en la espiga. Y después que está el fruto maduro, inmediatamente se le echa la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega ²⁰.

Hemos de saber esperar —el fruto llegará, a su tiempo—, con una espera activa, operante y confiada. **Moderad vuestra impaciencia** —nos pide nuestro Padre—, **haced el apostolado del proselitismo con calma, despacio, al paso de Dios... Pero sin interrumpir jamás la labor ¡cueste lo que cueste!** ²¹. Con una constancia firme, heroica, inmutable —la del hombre de campo—, con la continuidad ininterrumpida del tiempo, porque **la tenacidad es indispensable para el proselitismo** ²². Una tenacidad llena de fe, optimista, porque el Señor, *que ha empezado la buena obra, la llevará a cabo* ²³. Una tenacidad activa, de cooperación, con voluntad incansable, con insistente oración, con un continuo desvelo.

La semilla crece y *da fruto, quien a treinta por uno, quien a sesenta y quien a ciento* ²⁴. Eso depende ya del Señor: nosotros sembramos *el grano desnudo, por ejemplo de trigo, o de alguna otra especie; sin embargo, Dios le da el cuerpo según quiere* ²⁵. Nadie se marcha sin fruto. El trigo grana. Con esa labor de formación beneficiamos a muchos chicos, que mejoran, adquieren luz y virtudes para toda su vida, y quedan siempre después —aunque quizá esa nueva semilla brote algunas veces más tarde— con un lazo de amor, de cariño agradecido que les une a la Obra y les lleva a cooperar en sus apostolados.

De esta labor —**semillero del Opus Dei** ²⁶— florecen muchas vocaciones a una vida de entrega con diversos matices, pero siempre la misma y total.

¡Cómo te reías, noblemente, cuando te aconsejé que pusieras

(20) *Marc.* IV, 26-29.

(21) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(22) De nuestro Padre.

(23) *Philip.* I, 6.

(24) *Marc.* IV, 20.

(25) *1 Cor.* XV, 37-38.

(26) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

tus años mozos bajo la protección de San Rafael!: para que te lleve a un matrimonio santo, como al joven Tobías, con una mujer buena y guapa y rica —te dije, bromista.

Y luego, ¡qué pensativo te quedaste!, cuando seguí aconsejándote que te pusieras también bajo el patrocinio de aquel apóstol adolescente, Juan: por si el Señor te pedía más ²⁷.

Y vienen vocaciones abundantes de Supernumerarios, y vocaciones de Numerarios y de Agregados, como fruto sazonado de la gracia y de la correspondencia del sembrador y de la tierra.

Trabajo de todos

Nosotros somos simples braceros, porque es Dios quien siembra ²⁸. Somos instrumentos de Dios, en esa obra suya, en ese campo suyo. Ni el que planta es algo, ni el que siega, sino Dios que es el que hace crecer ²⁹. Los que, llamados por Dios, se emplean en esas faenas, no son sino ministros de Dios, y no tienen nada sino por Dios, y actúan sólo exteriormente, mientras que Dios opera en el interior de las almas ³⁰. A estos muchachos que se forman en nuestra obra de San Rafael podemos decirles: vosotros sois el campo que Dios cultiva ³¹, un campo que produce fruto mediante la acción divina ³².

La obra de San Rafael es parte de la Obra de Dios —Opus Dei—; nosotros somos simples instrumentos. Toda la estructura, todo el desarrollo de la labor de San Rafael —con la flexibilidad necesaria, con posibilidad de adaptarse a todos los ambientes y circunstancias— está sustancialmente perfilado, y hemos de hacerla así —instrumentalmente—, como nuestro Padre nos lo ha enseñado, como Dios lo ha querido. Divi-

(27) *Camino*, n. 360.

(28) San Agustín, *Sermo* 73, 3.

(29) I Cor. III, 7.

(30) Santo Tomás, *Super I Epist. ad Cor. lectura*.

(31) I Cor. III, 9.

(32) Santo Tomás, *Super I Epist. ad Cor. lectura*.

nos son los frutos, y divinos son los medios para obtener los frutos. Esos medios concretos —no otros— son los exigidos por el fin sobrenatural de nuestro trabajo. Hay que sembrar *el grano desnudo* ³³, en toda su pureza. Así podrán obtenerse frutos sobrenaturales: *quien siembra en espíritu, del espíritu recogerá vida eterna* ³⁴.

Al entregarnos esa labor, Dios nos ha confiado *esa juventud, esperanza de la Obra* ³⁵. Esas personas que Dios mismo pone en nuestras manos, merecen todo el desvelo, todo el cariño. *Hay que quererlos de verdad. No son extraños, para nosotros; los consideramos parte de la Obra, porque lo son de hecho: jurídica y ascéticamente. Por eso es muy bonito que haya mucha gente, así podrá hacerseles mucho bien. Que haya un plantel abundante. Aunque también vendrá gente que no haya pasado por la labor de San Rafael, la obra de San Rafael es la niña de nuestros ojos: hay que prepararla de veras* ³⁶.

Aunque algunos se dediquen más especialmente a esta labor, a todos nos compete de algún modo. En cualquier situación personal en que nos encontremos, hemos de mantener viva la preocupación por la labor de San Rafael y encomendarla con cariño a Dios. Y además siempre es posible participar de algún modo, buscando y preparando a los que hayan de formarse, colaborando en alguna tarea concreta. Cuando se tiene metida en el corazón la obra de San Rafael, cuando se comprende bien su importancia, el modo de participar sale solo, de mil maneras distintas, siempre eficaces.

Confiamos asiduamente esta tarea tan nuestra a la protección maternal de Santa María, Madre nuestra y de estos muchachos: *Mater boni consilii, Spes nostra, Sedes Sapientiae*.

(33) I Cor. XV, 37.

(34) Galat. VI, 8.

(35) De nuestro Padre, Instrucción, 9-1-1935.

(36) De nuestro Padre.

[Anterior](#) - [Siguiendo](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)